

EL CUERPO HUMANO

LYSISTRATA, la comedia de Aristófanes, es una obra de plena actualidad, a pesar de sus 24 siglos de edad. Hace un tiempo fue puesta en escena por el Teatro Nacional, a partir de una versión española que suprime ciertas palabras y situaciones obscenas, que resultarían chocantes hoy. El director de la obra explicó así este retoque: "Hay que pensar que para los griegos el cuerpo era algo hermoso, y nombrar sus partes resultaba lo más natural. Claro, nosotros que hemos sido criados con la idea judeo-cristiana de que el cuerpo humano es receptáculo de pecados, no podemos aceptar ciertas palabras y situaciones con naturalidad".

Me explico bien estas opiniones, por muy ambiguas y ligeras que sean. Por una parte, un hombre de teatro no está obligado a dominar la historia del pensamiento, de la moral y la espiritualidad. Por otra parte, su afirmación es un tópico tan repetido y manoseado, que oírlo una vez más no sorprende a nadie. Pero, aún prescindiendo de la fe o de la filosofía que se profese, tal afirmación distorsiona la historia, y en nombre de la simple verdad histórica sobre griegos, judíos y cristianos, ella debe ser discutida y su equivoco debe ser puesto en evidencia.

En primer lugar, el pensamiento griego nunca consiguió una comprensión plena y optimista del cuerpo humano; con sintomática frecuencia insertó en su materialidad el principio y origen del mal en el mundo. En la tradición órfico-pitagórica, y más aún en el espiritualismo de Platón, nuestro espíritu está "encarcelado" en el cuerpo, al que se llama "prisión" e incluso "sepulcro" del alma espiritual. Aristóteles llega a una visión más afirmativa de nuestra animalidad, pero su última palabra sobre el alma y el "intelecto agente" queda aún prendida al dualismo de inspiración platónica. El materialismo de los epicúreos no fue precisamente una idea enaltecedora del cuerpo humano; la ascética de los estoicos no era muy optimista con respecto a nuestro organismo; y el helenismo neoplatónico posterior expulsa abiertamente al cuerpo hacia las fronteras del reino del mal, identificado ya con la materia.

En cambio, la tradición judía no conoció siquiera la dualidad y oposición entre el alma espiritual y cuerpo material. En la Biblia no se formula nunca la dicotomía entre alma y cuerpo como espíritu

y materia: se habla sólo del hombre a secas, y el término bíblico que solemos traducir por "alma" significa más bien la "vida" como totalidad. Lo que se nos promete es la salvación *del hombre entero*, no la "inmortalidad del alma" de la filosofía griega. El Evangelio anuncia la redención integral del hombre, no la liberación helénica del espíritu con respecto a la materia. Los misterios de la encarnación y la resurrección de Cristo —el Verbo de Dios se hizo *carne*— impulsan al pensamiento cristiano a afirmar vigorosamente el valor y la perpetuidad del cuerpo, y la dignidad de la materia como creatura de Dios, asociada a los más altos misterios de la salvación. Con Cristo irrumpe en el mundo una visión sacramentina del universo físico y la materia. La carne es santa, y el cuerpo humano es, no un curioso "receptáculo de pecados", sino —en la expresión de San Pablo— un "templo del Espíritu Santo".

El pensamiento judeo-cristiano, a diferencia del griego, no necesitó atribuir al cuerpo —o al encarcelamiento del alma en el cuerpo— el origen y raíz del mal en el mundo. Si el mal de nuestra existencia proviene de un acto *histórico* —el pecado original—, ya no aparece entonces la propia *naturaleza* humana como caída y encerrada en la miseria intrínseca del cuerpo. Ni la unión del alma con el cuerpo aparece como un daño para aquélla, sino que la constitución natural del hombre, *animal* racional, se revela como obra de Dios, en toda su adánica positividad. El mundo griego tuvo una experiencia profunda de la existencia humana como caída; se trata de un sentimiento universal, que ningún naturalismo de nuestros días podría esquivar frente al grito desgarrador del existencialismo contemporáneo. La interpretación griega más frecuente de esa caída consistió en atribuirle al cuerpo, a nuestro nacimiento carnal, a la materia como "cárcel" del alma. Así la existencia se oscurecía, y la suprema liberación era la muerte —la desencarnación—. El misterio cristiano de la caída histórica —el pecado original y todos los pecados personales— y de la salvación también histórica —la redención de Cristo— confiere, en cambio, un carácter positivo a la unión del alma con el cuerpo, y al cuerpo mismo. Ya no hay por qué echar la culpa a la materia, a nuestra *materia orgánica*: el cuerpo es santo, es obra divina.

Tengo plena conciencia de estar reduciendo un problema muy complejo a un esquema verdadero, pero simplificado. También sé que esta rotunda afirmación cristiana del cuerpo, a través de sus grandes héroes —San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino— ha

triunfado sólo después de grandes luchas contra fuerzas de sentido opuesto —platónicas, cartesianas— en el seno del propio pensamiento cristiano. Pero el esquema que he trazado, aún a costa de simplificar, es históricamente verdadero; no lo es, en cambio, el tópico inicial que me movió a escribir estas líneas.

Conozco la objeción más evidente: si las cosas son así, ¿por qué, entonces, la moral griega era tan "permissiva" en materia sexual como "restrictiva" ha sido siempre la moral cristiana? La respuesta no es difícil. Cuanto menos valor se conceda al cuerpo, más "en libertad" se lo dejará. ¿Qué importa lo que haga el hombre con su cuerpo, vestido o desnudo, según natura o contranatura, si es sólo un pedazo de materia perecible destinada a la putrefacción y la nada? "Comamos y bebamos, que mañana moriremos". Cuanto más valor y santidad se conceda a nuestro cuerpo, más se respetarán las leyes morales que provienen de su propia grandeza, los rigores ascéticos que provienen de su propia santidad. No se trata de negar su hermosura ni la "naturalidad" de su potencia sexual: se trata precisamente de afirmarla según su verdadera naturaleza, esto es, en orden al amor conyugal y la procreación, sus dimensiones más santas.

Los ejemplos históricos no faltan. Ciertas variantes de la gnosis y del maniqueísmo, constantes en la historia, han afirmado la maldad intrínseca de nuestro cuerpo, y *por eso mismo* han fundado una ética absolutamente liberal y permissiva sobre la materia. En cambio, el rigor ascético de los santos, que trataban y tratan duro a su cuerpo para someterlo a la razón y la voluntad, está ligado a la más grandiosa afirmación del sexo y del cuerpo que se conozca en la historia humana.

JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ LANGLOIS